

Aquel martes del barón Papen

86

Las ocho. Otra jornada de heladera y pies de plomo: huir de los que entiendes y menester de quienes no quieren entenderte. Y vuelta a los mismos europeos, al absurdo comer y a derrochar un capital en taxis, único medio viable en esta ciudad ahilada. Otro día gris, tedioso, colgado a mil metros entre estos montes de Asia.

Al teléfono de la Legación el español vacilante de Ahmed (el Kabás Efendi, Señor Ordenanza, de las gentes de escaleras abajo: no hay como poseer un campillo, siquiera sea en los montes de Armenia) me pone al habla con el Agregado de Prensa.

—...Estaba calentando el coche. Si aligera, paso a recogerle... De batida hacia el Dikmen, con el ministro, los Papen... No, los hijos: Stephie y Franzi, quien dice que a ver si de convalecencia podrá, uno de Caballería, montar al fin... En martes, al fin de mes. Fíjese: 24, de febrero que es más cuesta que enero... Ande, véngase, que al capitán Papen le ha dado por el argentino y nos contará cómo va lo de Rusia...

Mas con este frío ankariota no es menester esforzarse por imaginar el invierno soviético; ni, en definitiva, hay mejor madrugón ni más deporte que disfrazarse de cama. Y con buena lectura, no poco té y mucha calefacción... Hasta que suene el timbrazo bomba; el que se lleva tedio, cansera y frío. Poco antes de las diez y media.

Es Maké (Paul Makédonsky, corresponsal de OFI, antigua HAVAS), desde la Embajada de Francia. Excitadísimo, me da diez minutos para llegarme a su oficina, cerca de aquí. Y una vez en el edificio del Evkaf, tras hacerme sentar en una butaca sólida, lee con voz incolora: «Angora 24. —Hoy 10,10 prodújose fuerte explosión bulevar Atatürk frente Embajada

Italia cuando transitaba embajador Reich barón von Papen Stop Papen dirigiéndose su despacho cercana Embajada alemana acompañado baronesa Stop Aunque arrojados suelo violencia deflagración ambos ilesos Stop Autoridades turcas iniciando pesquisas encaminadas determinar si tratábase atentado». Pausa. «Xavier de Lagullonie y Margot venían para la Embajada y acababan de cruzarse con los Papen, cuando oyeron el estruendo. Vieron que se incorporaban incólumes y que el embajador se dirigía a un guardia... ¿Puedes darme algún *tuyau*? Monta un plan, mientras pongo “en negro” el despacho para el telégrafo.»

Lo mejor llamar a la marquesa de Prat de Nantouillet, esposa de nuestro ministro: «...No diga más, estoy enterada; retemblaron los cristales y pensé si sería un polvorín. Telémaque, el ministro rumano, que salía de la capilla de la Embajada de Italia y se había entretenido con el portero, me ha contado la escena. Acabo de hablar con Pap, por teléfono; parecía muy tranquilo... Será muy amable de su parte; es más, creo que debe hacerlo... Siguen los dos en la embajada, pero dese prisa... No, Perico no lo debe saber, ni los chicos: el paseo dura hasta las once».

A las once en Correos, a cien metros de OFI, mascullando imprecaciones contra el calmudo que despacha nuestros telegramas. Llega un botones del *Cihan Palas*, mi hotel, con el *papier* de un colega alemán. Lo leemos de cabo a rabo —ni que decir tiene. Despunta Dana Schmidt (*United Press*), quien aprovecha la lectura para colar su servicio. Tiene amigos en la Policía y ya le han contado que un hombre se hizo pedazos en el lugar de autos. No hay más pieza de identidad que el sombrero y un zapato etiquetados, un recibo de telé-

grafos, un revólver. El general Chakmak, jefe del Alto Estado Mayor turco, suele –como Papan– pasar, minutos después de las diez, por aquel paraje (y su coche ha sido el primero que ha llegado al lugar de la explosión; de modo que no se sabe contra quién iba el golpe, que está fuera de duda que se trata de un atentado).

Frente a la Embajada agentes de paisano dan guardia discreta; otros, de uniforme, impiden el estacionamiento en las inmediaciones de la verja. Ésta ha sido cerrada y el portero sube, jardín adelante, con mi tarjeta, donde van dos palabras a Frau Rose, la secretaria particular de Su Excelencia. El recinto está abandonado y silencioso, sin más que los edificios a puerta cerrada y un solo coche, a un lado. Al rato nos franquean la entrada (pero no al coche, que queda afuera). Por entre los árboles se distinguen paseantes de fieltro gris, gabardina y mano echada al bolsillo. La bandera gamada flamea en lo alto. Y en el interior del edificio central, menos animación que de costumbre y el detalle de que los funcionarios echan la llave al salir de sus despachos.

En la antesala nos cruzamos con don Pedro Prat, nuestro ministro, a quien acompaña su primo Caleiros Meneses –hijo de española y educado en Madrid–, que representa a Portugal en Turquía. Antes han estado Saradyohlu y los jefes de Gabinete de İnönü y del presidente del Consejo. «¿Ha visto usted? Lo que le decía del coche soviético que se nos echó encima, el verano pasado, en Büyükderé. Y por cierto que al embajador se lo tenían los turcos avisado desde septiembre: que agentes extranjeros tramaban su muerte. Conque se nos acabó el esquiar, y las partidas de caza... Nada, completamente bien. Únicamente los oídos –ahora el izquierdo también–, debido al estruendo: está que no oye nada. A la baronesa la han hecho acostarse ahí al lado. Están asombrados de que no reaccione: se ha incorporado inmediatamente y, cerciorada de que su marido estaba ileso, no ha tenido más cuidado que en-

derezarse el sombrero y limpiarse el abrigo, plagado de quemazos y de manchas de sangre y sesos. A Papan le han roto un traje nuevo y ahora estará mudando de pantalones.»

Pero ya la secretaria nos introduce cabe el embajador, que me abraza mudo y sonriente. Junto a él su hijo, todavía de enterizas y espuelas. Papan relata –probablemente por enésima vez– el percance; lo sazona con grandes gestos, sereno, pero (y no hay contradicción) con voz un tanto alterada. Cojea ligeramente y en la mejilla y en la ceja, abundantísima, ostenta ligeras quemaduras. «Tengo la certidumbre –concluye– de que los turcos irán hasta el fondo. Turquía es la más interesada en que intentos de esta índole no prosperen. Me parece claro que lo que con ello se perseguía era no sólo enturbiar la atmósfera tranquila de este país, sino alterar sus relaciones internacionales. Cuando tanto se habla de la necesidad de abrir un segundo frente contra Alemania, no cabe alguna duda sobre la finalidad última de actos como el presente. Me consta, con ello, la doble sinceridad de los plácemes turcos en esta milagrosa ocasión.»

De la Embajada a Yeni Sheir: a cambiar impresiones con Peters, el corresponsal de la *Dienátag Nachrichtendienst*. Los corresponsales alemanes se limitan a pasar una referencia de tipo oficioso: su consigna, no entorpecer la labor de la policía turca. Luego, a la oficiosa Agencia Anatolia, otra vez en nuestros barrios (¡taxímetro de mi corazón!, ya vamos por las nueve libras, vulgo setenta y tantas pesetas); a ver si se «desabrochan».

En esta Angora, donde para ver a cualquier funcionario de la dirección General de Prensa (a excepción del subjefe, el cordialísimo Izzettin Bey) es menester pasar tarjeta, guardar interminables antesalas y tropezar, al cabo, con la más oriental de las reservas, la acogedora Agencia Anatolia es un verdadero hogar para los corresponsales extranjeros. Boletines de información, los receptores de radio más perfectos, mecanógrafas políglotas, laboratorio fotográfico. Y, sobre todo, la ca-

maradería que nos reservan los redactores; y, a su cabeza, Mowafak Bey, el presidente, hermano del secretario general del ministerio de Asuntos extranjeros, el embajador Numan Menemdyohlu.

Empero, Shükrü Bey, el redactor de guardia, en esta ocasión escucha, más que habla: pasa pitillos y, finamente, trata de quitar hierro a nuestras hipótesis. No tan seguro parece Mowafak Menemdyohlu —quien, entretanto, bajó de su piso para darse la vuelta de sobremesa— mientras nos alcanza los consabidos cafecitos. Desempeña sus gafas, cae en silencio meditativo y todo es recomendarnos cautela una y cien veces; no precipitarse en optar por el accidente fortuito o por la obra de uno o más terroristas. Y aguardar el comunicado de Gobernación, que aparecerá sobre las ocho.

Un bocado en el restaurante georgiano Karpich: a estas horas no hay más que carne fría y compota. Grisha, nuestro camarero, ex comerciante zarista, está que trina contra ingleses y americanos: «¿Qué hace en Angora toda esa gente? ¿Si no son más que espías y no han de parar hasta meternos, otra vez, en el fregado! Cuidado que aquí se sirve a todos, sin distinción (incluso los bolcheviques se atreven a venir, alguna vez); pero, créame, hay gente que no merece convivir con sus semejantes. Ese Broke, por ejemplo, que no hace más que cizañar y comprometer, para que la fiesta acabe a botellazos. Al frente, al frente los que quieren guerra; y que nos dejen en paz a los turcos». (Claro, el ardor del neófito, dirán ustedes.)

Conferencia con Dana, para pasarnos mutuamente (callando los buenos bocados) nuestras noticias. Vuelta por el vestíbulo del *Ankara Palas*, a oír cómo respiran Burdett, Fowle y demás amigos angloamericanos. Les pregunto por el coronel Bánkovich y su compañero, dos yugoslavos recién arribados que noches atrás nos propinaron canciones de los chétniks serbios. Fanny recoge la pelota, la devuelve limpiamente: «Me alegro de que la bomba no te haya hecho el menor

rasguño». Y la broma sigue adelante mientras, todos juntos, vamos a jugar a Sherlock Holmes en el lugar del suceso.

Todo Angora desfila por aquel trozo de bulevar. Los coches diplomáticos van al paso; los peatones se detienen a considerar las manchas de sangre, mal disipadas con paladas de arena, y a interrogar al guardia, quien —percatado de su papel— señala las huellas que del cuerpo desmenuzado quedan en árboles y cables eléctricos. Los corros de mirones discuten animadamente; solo Dios sabe qué amenazas profirirán contra los «perros» (mirando hacia nosotros) que así perturban la neutralidad turca. Pero más allá, calle arriba, en la morada de los Papen, hay ajetreo: la esposa del Presidente de la República ha ido a visitar a la baronesa Papen; buen trabajo para los truchimanes.

Nosotros seguimos elaborando *papiers* que inútilmente tratamos de telefonar a Constantinopla (los fajos de telegramas oficiales, que están muertos de risa junto a las ventanillas, nos convencen de que desde esta mañana no ha salido de Angora ni una línea). Por fin consigo comunicar con Velikotny —uno de nuestros funcionarios de Constantinopla—, cuando ya no interesa, porque la *Anatolia* acaba de lanzar el comunicado. Mowafak Bey pasó su despacho hasta Constantinopla esta mañana, antes de la suspensión del servicio; y ahora, a las ocho corridas, al restablecerse las comunicaciones, mientras los demás nos poníamos en cola para llegar al Bósforo, la Agencia salía —desde allá— camino del mundo entero. Buena treta... Por otra parte, Velikotny no perdió el tiempo y ha recogido detalles sensacionales que trata de comunicarme en camelo —gracias a que llegarán mañana temprano, por la valija—.

Otra vez en *Karpich*: cena con Gaetano Varese, el agregado italiano de Prensa. Mi amigo, echa sapos y culebras, habla de diplomáticos que, bajo aparentes misiones inofensivas, no son más que jefes de sicarios; va detallando las verdaderas

actividades de cada uno de los circunstantes y de muchos de los ausentes. Varese es perro viejo en estas tierras –llegó a Angora con los primeros kemalistas–, ha tomado el tipo gordiflón del país y conoció ciruelos a muchos San Pedro de hoy. Seguiría uno a gusto con él, pero hay recepción en la morada de Ali fuad Bajá, el ministro de Obras Públicas, y no es día para echarlo por alto.

Los turcos (Saradyohlu, Numán y el anfitrión) están un tanto sobre ascuas: esperaban a Papen y no se sabe si acudirá. Pero el barón aparece puntualmente. Con amplia sonrisa de gran señor, dirigiéndose al general Ali Fuad, conocido amigo de Alemania: «Celebro la feliz coincidencia de poderme honrar, hoy, con su hospitalidad». Se respira. La conversación emprende su cauce obligado y, quién más quién menos, cada cual echa su cuarto a espadas. Numán Menemendyohlu aporta detalles descubiertos por la policía y, con maliciosa satisfacción, asevera que el agresor no era turco, es decir, musulmán (lo atestiguan los fragmentos de su cuerpo hallados en el jardín de la Embajada italiana, al otro lado del paseo).

A última hora, una copa en el *Pavillon* del *Ankara Palas*, mientras una mesticita –germanoliberiana– brinca algo que aspira a danza clásica. Maké está fuera de sí: «¿Tú ves? Trabaja como un esclavo, come tarde y mal, gástate libras y más libras en taxis, propinas, cables y flores, para que todo se pierda: Radio Suiza ha dado, en su emisión de las 21, nuestro servicio íntegro. Como nuestros despachos se apoyan en Zurich, no han tenido más faena que ponerlos a máquina. ¡Y eso para coronar la jugadita de Mowafak! ¡*Quel sale bouleau!* ¡*Viskisodalar!*!». (Que no es taco, sino el modo de pedir unos vasos de coñac turco, con soda.)

Camino de casa, desfilar por entre la serpentina de los pitidos de los vigilantes, que en las ciudades turcas se dan mutuamente la novedad: sin parar en toda la noche. Para concluir en Moisés, el portero de *Cihan*.

–Buena noche, cabayero. Bien debiste laborar hoy, menaguado... Dígame el señor, que aunque es manzebo mucho meldó y conosió tantos homes. Yo también corrí la esfera, lastrado de mí: De Andrinópolis, en Milán y en Suisse (no llegué a nuestra España) y agora acá; pero el señor liyó tantos libros. Dígame, por qué los hombres se han de querer tanto daño. Yo, porque soy yudío he de morir; tú, porque eres alemano o franzés. Y que muera tanto infatico, y las muyeres ¿qué mal hizieron?... Créame que es punición de Dios. Y está escrito aquí. ¡Si el Libro lo diz! «Porque os separaréis y no os membraréis de Mi nombre, una gran mortalidad haré venir.» ¿Por qué tu Dios es bueno y el mío no? Tú eres catolik, ¡adora a Jesús como catolik!; tú eres yudío, ora con tus rabis; y el musulmano como musulmano: el Señor es siempre uno, sólo uno. Digo que esta guerra es la purga y traerá muy mucha ruindad y muertes. Está en el Libro que venrán unos homes muy malos y nos matarán: todos moriremos. Pero que luego seremos primer vez todos unos, todos hermanos, todos reliyosos. Si Yahué me quiere antes: buena ventura, Moisés. Los que luego venrán serán bien beatos... Agora aguarde un tantico, que trayo su botella de Karahissar... ¿Dispertaré al señor tamién a las ocho, tan presto?... El Señor le vala; o adió, como dezís agora.

Almanaque literario *Resurrección*, 1943.